

## SIGMUND FREUD Y OSKAR PFISTER: HISTORIA DE UNA AMISTAD Y SU SIGNIFICACIÓN TEOLÓGICA<sup>1</sup>

CARLOS DOMÍNGUEZ MORANO

El domingo 25 de abril de 1909 hizo aparición en la casa de la familia Freud un personaje que, en aquel ámbito, resultaba como procedente de otro planeta. No era habitual encontrar allí una figura como la de Oskar Pfister, con su indumentaria propia de pastor protestante, con los modales afables característicos de un buen clérigo y, particularmente, con una atención tan cercana y cariñosa para cada uno de los miembros del grupo familiar, en especial, para con los más pequeños.

Era un hombre de alta estatura y aspecto vigoroso, con un amplio y poblado bigote y con unos ojos bondadosos y a la vez inquisitivos<sup>2</sup>. Había nacido en un suburbio de Zúrich, el 23 de febrero de 1873, como el menor de los cuatro hijos de la armónica pareja formada por un pastor protestante de talante liberal y altruista que murió prematuramente cuando Oskar tenía tan sólo tres años y una mujer sencilla, pero algo estricta y puritana<sup>3</sup>.

Cuando nace Oskar Pfister, Sigmund Freud, ya con dieciséis años, iniciaba estudios de Medicina en la Universidad de Viena. También a los tres años tuvo que cambiar de residencia y hogar, desde la pequeña Freiberg, en Moravia, a la capital del imperio austro-húngaro. Sin embargo, la estructura y el ambiente familiar del pequeño Sigmund era bien diferente. Su padre, casado en segundas nupcias, tenía ya dos hijos mayores, casi cercanos en edad a la de su nueva esposa, Amalie, la madre de Freud. La educación del pequeño Sigmund, propia

---

<sup>1</sup> Este artículo reproduce el discurso leído por el autor en la inauguración académica del curso 1999-2000 en la Facultad de Teología de Granada. Con el mismo título existe ya una publicación bastante más extensa, editada por la misma Facultad.

<sup>2</sup> Así lo describe el analista austriaco W. HOFFER; cf. *Necrológica de Oskar Pfister*: Int. J. Psycho-Anal. XXXIX (1958) 616- 226.

<sup>3</sup> Cf. H. ZULLIGER, *Oskar Pfister*, en *Historia del psicoanálisis III*, Paidós, Buenos Aires 1968 22-36.

de la de un hogar judío de su época, se vio, sin embargo, desprovista de cualquier tipo de atención o instrucción religiosa. Su padre parece no haber seguido las prácticas ortodoxas del judaísmo y de su madre sólo sabemos que «conservaba cierta creencia en la divinidad»<sup>4</sup>. «Siempre fui un incrédulo y fui educado sin religión», se expresó el mismo Freud años más tarde<sup>5</sup>.

Mientras Sigmund Freud se ve inmerso en el materialismo médico de su época, Oskar Pfister hace sus estudios de Teología en Zúrich. Fue grande, sin embargo, la decepción que Oskar experimentó con ellos, no por falta de interés, sino por el ambiente de disquisiciones y disputas que reinaba entre los diversos sistemas teológicos. En un escrito posterior los calificó de pura charlatanería.

Su interés por la psicología también venía de antiguo. Pero igualmente, los tratados en los que había indagado en busca de una buena psicología de la religión le resultaban tan obtusos como la mayor parte de la teología que hasta entonces había estudiado. De ahí que en 1908, poco antes de su encuentro con Freud, ataque con vehemencia en un escrito la incapacidad y la pobreza tanto de la teología como de la psicología para ofrecer una ayuda en el alivio del sufrimiento humano. Es el mismo año en el que rechaza el cargo de profesor de Teología Sistemática en la Universidad de Zúrich, como rechazará, poco después, el de profesor de filosofía en la Universidad de Riga. El motivo será siempre el mismo: permanecer en el trabajo de acción pastoral que seguirá desempeñando durante casi cuarenta años. Fue en los inicios de su acción pastoral, en 1897, cuando contrajo matrimonio con Erika Wunderli, con quien tuvo un hijo. La vida de la pareja no fue fácil pero se mantuvo hasta el final. Un año después de la muerte de su esposa, en 1930, se casó de nuevo con una viuda prima suya, Martha Zuppinger, con la que llevó una vida feliz hasta su muerte el 6 de agosto de 1956.

Unas semanas después de haber rechazado el cargo de profesor de Teología, Pfister se cruzó con algunos escritos de Freud. En la lectura de esos textos sintió como si «una antigua premonición se hubiera hecho realidad. Allí no había especulaciones interminables sobre la metafísica del alma», como en sus estudios de Teología, «ni había experimentación con trivialidades mínimas»,

---

<sup>4</sup> Cf. E. JONES, *Vida y obra de Sigmund Freud*, Paidós, Buenos Aires 1976, vol. 1, 30. Sobre la educación religiosa de Freud, cf. TH. PFRIMMER, *Freud, lecteur de la Bible*, P.U.F., Paris 1982; G. ZILLBOORG, *Psicoanálisis y religión*, Troquel, Buenos Aires 1964, 177-217.

<sup>5</sup> *Discurso a los miembros de la Sociedad B'nai B'rith*, O. C., Biblioteca Nueva, Madrid 1973, Vol. III, 3229.

como en los habituales de psicología, mientras que se dejaban al margen los grandes problemas de la vida<sup>6</sup>.

La tarea de introducirse en el psicoanálisis, sin embargo, por más que ilusionada, no resultó nada fácil. De una parte, el llegar a obtener, siendo un clérigo, el reconocimiento y respeto dentro de los incrédulos ámbitos psicoanalíticos. De otra parte, siendo un cristiano optimista y apasionado, llegar a conquistar la sincera amistad del pesimista destructor de ilusiones que se vanagloriaba de ser un *judío infiel*. Procedían Freud y él de dos culturas, etnias y religiones muy diferentes y, en tantas ocasiones, violentamente enfrentadas. Tenían detrás unas historias familiares y educativas muy ajenas entre sí en comportamiento y estilo. Perteneían a dos ámbitos de pensamiento, los de la ciencia y la religión, que se encontraban en una batalla frontal desde la Ilustración. Todo había acabado por configurar dos talentos personales de perfiles acusados en su diferencia.

Fue una amistad probada durante más de 30 años. También en la fidelidad que supieron mostrar en los tiempos difíciles. De un modo particularmente significativo, la que Pfister demostró con Freud en el momento de la separación de Jung y de todo el grupo helvético. Tan sólo Pfister permaneció en Suiza del lado de Freud. Por su parte, el pastor pudo verificar la fidelidad de su maestro y amigo cuando se encontró en dificultad dentro del movimiento psicoanalítico, ya fuese por su condición de no médico o por la oposición que encontraba a sus posicionamientos teóricos y técnicos. Una amistad hecha de confidencias y mutuos compromisos, de tolerancia en las divergencias y de probada fidelidad a lo largo de tantos años, fue también la base para un enriquecimiento mutuo tanto en el campo de lo personal como en el de lo intelectual y profesional.

### *Las aportaciones del psicoanálisis a Oskar Pfister*

El primer interés y el primer beneficio que Oskar Pfister persiguió en su acercamiento al psicoanálisis fue, sin duda, el de profundizar en la comprensión de «la cura de almas» a la que estaba tan radicalmente consagrado. Una «cura de almas» que siempre concibió como una búsqueda global del bien espiritual, psíquico y humano de los feligreses. Su preocupación esencial radicaba en cómo llevar a cabo la reintegración del amor, removiéndolo las tendencias inconscientes y liberando determinadas energías psíquicas reprimidas. Es ahí,

---

<sup>6</sup> *Die Pädagogik der Gegenwart in Selbst-Darstellungen*, comp. de Erich Hahn, Leipzig 1927, vol. 2, 168-170.

por lo demás, en esa liberación de la capacidad de amar, donde Pfister encontró la mayor coincidencia entre Evangelio y el psicoanálisis.

Es justo atribuir a Oskar Pfister el honor de haber sido el pionero de la aplicación del psicoanálisis al campo de la educación. Su obra *El psicoanálisis y la educación* es de las que contó con una mayor profusión, viéndose traducida al poco tiempo al francés, inglés, italiano, polaco, griego, danés y español<sup>7</sup>. A diferencia de lo que ocurrió en los ámbitos teológicos, Oskar Pfister fue recibido con los brazos abiertos por los pedagogos, encontrando muy pronto amistad y aceptación entre los educadores. Y en las épocas de la mayor persecución y necesidad, cuando sus amigos teólogos y los cristianos en su parroquia empezaron a dudar de él, fueron los educadores los que no le cerraron la puerta, sino que, al contrario, supieron alentar su interés para desarrollar el método que él llamó paido-análisis. No fue la misma audiencia la que Pfister encontró en los ámbitos de la Teología, siendo así que éste fue el campo al que se consagró con mayor dedicación e interés.

«Me apena que los teólogos se mantengan tan lamentablemente a la zaga. Hace ya dieciocho años que estoy trabajando. Los pedagogos han aceptado muchas cosas y por todas partes escucho cómo el análisis se sitúa más y más en el centro del interés. Los teólogos se han anquilosado demasiado en respuestas tontas sobre principios como para preocuparse mucho por el bienestar espiritual de los profanos y del suyo propio»<sup>8</sup>.

Fueron muchos los aspectos de la experiencia religiosa y del dogma cristiano que se hicieron objeto de atención psicoanalítica por parte de Pfister. Si repasamos su extensa bibliografía, de casi trescientos escritos, vemos que, desde muy pronto, va fijando su atención sobre capítulos diferentes de las creencias religiosas: el pietismo, el culto mariano, las relaciones de la experiencia mística y la histórica, la glosolalia, las personalidades religiosas de Pablo, de Lutero o de Calvino, el catolicismo, el judaísmo, el budismo, así como las relaciones generales de la teología con el psicoanálisis... son temas que puntúan su obra desde el principio hasta el final<sup>9</sup>.

---

<sup>7</sup> Losada, Buenos Aires 1969.

<sup>8</sup> Así se expresa en una carta a Freud del 10 de septiembre de 1926.; cf. *Correspondencia 1909-1939*; Fondo de Cultura Económica, México 1966, 100.

<sup>9</sup> Entre sus obras más conocidas sobre temas religiosos destacan: *Die Frömmigkeit des Grafen Ludwig von Zinzendorf*; Deuticke, Leipzig-Viena 1910; *Die Aufgabe der Wissenschaft vom christlichen Glauben in der Gegenwart*, Beer&Cie, Zurich 1923; *Die Legende Sundar Singhs*, Bircher Verlag, Bern und Leipzig 1926; *Analytische Seelsorge. Einführung in die praktische Psychoanalyse für Pfarrer und Laien*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen 1927; *Religiosität und Hysterie*, Bircher Verlag, Leipzig Zurich, 1928; *Das Christentum und die Angst*, Artemis-Verlag,

### *Las aportaciones de Oskar Pfister al psicoanálisis*

Es probable que Oskar Pfister llegara a representar para Freud caminos que él creía no poder o no deber seguir, pero que no dejaban de activar en él unos núcleos de ambivalencia menos resueltos de lo que podía pensar. No se puede evitar la impresión, en efecto, de que la experiencia religiosa que Pfister encarnaba en su propia persona movilizaba sus más profundas ambivalencias. Una experiencia religiosa que, en contra de las predicciones de Freud, el pastor suizo supo mostrar como perfectamente compatible con el psicoanálisis hasta el final de sus días: «yo no sé si a la larga él podrá conservar el resto de su creencia –le comentaba un día maliciosamente Freud a Jung–, no está sino en los comienzos de una larga evolución y sus «malas compañías» no pueden dejar de tener consecuencias»<sup>10</sup>. Esa misma seguridad pareció mostrar también en una carta a Ferenczi en la que le hablaba del entusiasmo de Pfister por lo que el psicoanálisis parecía ofrecer a la teología: «Todavía no sospecha –escribió– que el pensamiento analítico, llevado hasta el final, hace tabla rasa de la teología. Ya se dará cuenta»<sup>11</sup>.

Nada de eso ocurrió. El Oskar Pfister que Freud conoció hasta el final de sus días siguió siendo el hombre de fe, el luchador incansable y el pastor de almas convencido que siempre fue. De este modo, se evidenció en su misma persona como el garante de la coexistencia de una fe cristiana con una inquebrantable adhesión a la teoría psicoanalítica. Posición, ciertamente, poco comprensible para Freud y que le inspiraba a la vez perplejidad, desconfianza y un indudable interés. De alguna manera, Pfister le reavivó sentimientos parecidos a los que se movilizaron en él, allá en su época de estudiante, cuando asistía a los cursos que impartía el famoso filósofo Brentano. Como nos recuerda Peter Gay, aquel ex-sacerdote que creía en Dios y respetaba a Darwin, removió y cuestionó a fondo el ateísmo del que el joven Freud se sentía tan ufano. Muchos años después, cuando se sintió obligado a publicar *El porvenir de una ilusión*<sup>12</sup>, su ataque más virulento contra las creencias religiosas, también tuvo que situarse frente a un interlocutor al que poder vencer. Muchos han querido ver en ese interlocutor imaginario a la figura de Oskar Pfister.

---

Zürich 1944; *Calvins Eingreifen in die Hexer und Hexenprozesse von Peney 1545 nach seiner Bedeutung für Geschichte und Gegenwart*, Artemis-Verlag, Zürich 1947.

<sup>10</sup> Carta del 16 de mayo de 1909, S. FREUD, - C. G. JUNG, *Briefwechsel*, S. Ficher, Frankfurt 1974, 246.

<sup>11</sup> Carta del 2 de marzo de 1910: S. FREUD, - S. FERENCZI, *Correspondence 1908-1914*, Calmann-Lévy, Paris 1992, 163.

<sup>12</sup> O. C., II, 1745-1850.

*El porvenir de una ilusión*

El 16 de octubre de 1927, Freud anunciaba así la aparición del *Porvenir de una ilusión* al pastor O. Pfister:

«En las próximas semanas aparecerá un opúsculo mío que tiene mucho que ver con usted. Lo debería haber escrito en realidad hace tiempo, pero fue pospuesto en consideración a usted, hasta que la presión fue más intensa. Trata -cosa fácil de adivinar- de mi actitud radical en contra de la religión... y temía, y lo temo aún, que una declaración pública de tal naturaleza pudiera serle desagradable. Me hará saber después el grado de comprensión y tolerancia que le concede todavía a este hereje incurable»<sup>13</sup>.

Recordemos, pues, las ideas fundamentales que darán pie al gran debate entre el pastor suizo y el fundador del psicoanálisis. El hombre religioso imagina a los dioses conforme al modelo infantil de sus progenitores y, conforme a ese modelo, les asigna una triple función: espantar los terrores de la naturaleza, conciliar al hombre con la crueldad del destino (de la muerte especialmente) y compensarle de los dolores y privaciones que la vida civilizada en común le impone. Las creencias religiosas son, pues, ilusiones que se sustraen al juicio de la razón y solamente se comprenden bajo el prisma del deseo:

«...tales ideas, que nos son presentadas como dogmas, no son precipitados de la experiencia ni conclusiones del pensamiento: son ilusiones, realizaciones de los deseos más antiguos, intensos y apremiantes de la humanidad. El secreto de su fuerza está en la fuerza de estos deseos»<sup>14</sup>.

De ese modo, la religión ha prestado grandes servicios a la comunidad humana. Freud lo reconoce. Pero no ha alcanzado su propósito de hacer a las gentes más felices y ni siquiera más morales. Sería, por tanto, mucho más conveniente buscar un fundamento no religioso para el necesario ordenamiento de la civilización. La ciencia, como ninguna otra instancia, se ofrece ante los ojos de Freud para desempeñar esta importante función de controlar sana y racionalmente el ámbito de lo pulsional. Ello necesariamente vendrá a suponer el desbancamiento de todo el sistema de creencias religiosas; tarea importante y nada fácil, pero que Freud está convencido que merece la pena.

Una auténtica apología de la razón se inicia en las páginas finales del texto. La inteligencia es el único medio del que disponemos para controlar adecuadamente el mundo pulsional. Todo lo que contribuya a sojuzgar las pulsiones hay que considerarlo negativo y desterrarlo. Por tanto, mientras siga existiendo una coerción religiosa, no sabremos lo que la inteligencia puede dar de sí. La

<sup>13</sup> *Correspondencia*, 105.

<sup>14</sup> *El porvenir de una ilusión*, O. C., III, 2976.

propuesta, entonces, parece clara: prescindir de todo tipo de educación religiosa para comprobar el efecto tonificante que ello trae consigo.

Un canto al dios «Logos» cierra la obra: su voz es aún débil y apagada, pero no cesará hasta hacerse oír. También él aspira al amor, a la eliminación del sufrimiento y a la verdad; aunque sin duda de un modo más realista, modesto y paciente. En definitiva, sólo en él disponemos de un motivo sólido para la esperanza: «No, nuestra ciencia no es ilusión. En cambio, sí lo sería creer que podemos obtener en otra parte cualquiera lo que ella no nos puede dar»<sup>15</sup>. Son las palabras finales del texto.

### *La ilusión de un porvenir*

Evidentemente, no fueron una sorpresa para Oskar Pfister las tesis mantenidas por Freud en *El porvenir de una ilusión*. Sabía muy bien que en religión, en filosofía y en música seguían caminos decididamente diversos, cuando no contrarios. Pero su actitud abierta y tolerante quedó patente desde antes mismo de la publicación de la obra. Ya cuando Freud le anunció la aparición del opúsculo, Pfister le adelantó cuál era su disposición para recibirla: la esperaba *con ansia y curiosidad*. Y añadía: «un contrincante de espíritu poderoso le es seguramente más útil a la religión que mil adeptos que no sirven para nada»<sup>16</sup>. Desde sus más profundas convicciones pedagógicas se había pronunciado siempre en favor de la libre expresión de ideas y opiniones. Pero desde ese mismo convencimiento manifestó también su intención de responder él mismo, con la misma libertad, para expresar su desacuerdo: «Seguramente no me tomará tampoco a mal si, dado el caso, yo también expreso libremente mi posición discrepante»<sup>17</sup>. Tampoco Freud se sorprendió de la postura receptiva y tolerante de Pfister en lo que él llamó su «*declaración de guerra*», y vio con buenos ojos la idea de tener respuesta pública y discrepante por parte del pastor.

Tres meses más tarde apareció la respuesta de Pfister con el título *La ilusión de un porvenir*<sup>18</sup>. El texto era esperado con ansia en la revista *Imago*, le comenta Freud, para añadir: «en tiempos difíciles debe mostrarse la verdadera

<sup>15</sup> Ib., 2992.

<sup>16</sup> Carta del 27 de octubre de 1927: *Correspondencia*, 105.

<sup>17</sup> Ib., 106.

<sup>18</sup> *Die Illusion einer Zukunft. Eine freundschaftliche Auseinandersetzung mit Prof. Sigm. Freud*: *Imago* 14 (1928) 149-184; *L'Avenir d'une Illusion*: *Revue Française de Psychanalyse* XLI (1977) 503-546.

unión entre los hombres»<sup>19</sup>. Pfister, por su parte le manifiesta haber escrito el trabajo con satisfacción porque, según le comenta, lucha «por una causa querida con un contrincante querido. No hay mucho peligro de que usted solicite el bautismo o de que yo salte del púlpito»<sup>20</sup>.

En la primera parte del ensayo Pfister repasa todas los inconvenientes que Freud advierte en la creencia religiosa, comenzando por el concepto de *ilusión*. Su punto de vista, manteniéndose en una óptica psicoanalítica, difiere, sin embargo, de modo notable de la de su maestro. Oskar Pfister, como después lo hará Winnicott, verá en la ilusión un componente esencial para establecer un buen contacto con la realidad y no, tal como Freud dejaba entender, un mero obstáculo que se interpone para la aceptación de la misma.

La religión como obsesión neurótica es el segundo aspecto que aborda Pfister en su respuesta a Freud. No duda, ciertamente, de que la experiencia religiosa se ha visto en múltiples ocasiones emparentada íntimamente con la neurosis obsesiva. Sin embargo, bajo el punto de vista de Pfister, eso sólo ha tenido lugar en las primeras etapas del desarrollo religioso y en los momentos en los que, regresivamente, la ortodoxia religiosa se hizo particularmente intensa en la vida de los individuos o de las colectividades. Pero ello no responde a lo que el pastor suizo considera como la esencia de la religión. En una religiosidad evolucionada, la compulsividad obsesiva es siempre superada por la dinámica del amor, que prevalece sobre la ley y la culpabilidad.

De otra parte, el problema se sitúa también en saber si el deseo y la imaginación simbólica no se encuentran igualmente en el seno de la misma ciencia como motor, incluso, de su propio desarrollo. Sus conceptos fundamentales, en efecto (causa, acción, fuerza, ley...), están imbuídos de un necesario antropomorfismo. En razón de qué, entonces, se interroga Pfister, la teología tendría que presentarse como una excepción de esta regla. Tanto más cuanto que esa teología ha sabido llevar a cabo de modo ejemplar «los sacrificios más dolorosos y más decisivos en lo que concierne al problema del deseo»<sup>21</sup>. Ha sabido digerir, y no ciertamente sin dificultad, a Copérnico, Galileo y Darwin. Y si mantiene aún una serie de contradicciones, cabe preguntarse si no le quedan también a la misma ciencia. Como cabe también cuestionar en razón de qué esa ciencia tenga que constituirse en guía supremo y juez de la vida.

---

<sup>19</sup> Carta del 11 de enero de 1928: Ib. 114.

<sup>20</sup> Carta del 20 de febrero de 1928: Ib. 117.

<sup>21</sup> *L'Avenir d'une Illusion*, 518.

La segunda parte de la obra la titula Pfister *El cientifismo de Freud* y la inicia analizando críticamente la creencia freudiana en una ciencia salvadora de la humanidad. Es un nuevo mesianismo el de Freud cuando pretende sustituir la ilusión religiosa por ese otro tipo de ilusión, la de un logos divinizado que destrona al Dios de la religión y gobierna con dominio sobre el reino de la necesidad. «Su sustituto para la religión –le decía en la correspondencia– es esencialmente el pensamiento de la Ilustración del siglo XVIII, renovado y modernizado en forma soberbia»<sup>22</sup>.

Pero además, para Pfister es realmente dudoso que la ciencia venga a proporcionar una mayor cuota de felicidad a los seres humanos. Al menos no parece contribuir grandemente a un estado de mayor justicia social para los trabajadores, artesanos o campesinos desde el momento en el que esa ciencia se pone, como parece, al servicio del dinero y sus causas, sin dudar en entregarse cuando se vea necesario a todo tipo de pasión y crueldad.

Habría pues que adivinar, concluye Pfister, qué deseos se disimulan detrás de la creencia freudiana en la victoria final del intelecto. Habría que saber si lo que él predice a propósito del final de la ilusión no es sino el comienzo de otra, que es la de la ilusión científica. Pues creencia es también la que Freud manifiesta cuando defiende que no podríamos encontrar nada mejor que la ciencia.

En los últimos párrafos del texto, Pfister intenta alzar unos puentes que salven la evidente distancia que le separa de Freud. El dios «Logos» freudiano tiene también el objetivo amoroso de atenuar el sufrimiento de la humanidad. El «Logos» de Pfister, como el de San Juan, es el de la «sabiduría y el amor de Dios». Aunque sus criterios de verificación sean diferentes (el conocimiento o el amor) finalmente ambos coinciden en una base común fundamental. Pfister se muestra convencido de ello: «*El porvenir de una ilusión* y *La ilusión de un porvenir* se encuentran reunidos por una fe poderosa cuyo credo es «la verdad os hará libres»». Son las palabras finales del texto<sup>23</sup>.

### *Ecos y resonancias*

En 1934 se nombró a Oskar Pfister Doctor *Honoris Causa* por la Facultad de Teología de Ginebra: «Le felicito por el doctorado en teología –le escribe Freud– pero no puedo permitir que me atribuya la distinción que le otorgaron. Como defensor de la religión contra *El porvenir de una ilusión* tiene usted el

<sup>22</sup> Carta del 24 de noviembre de 1927: *Correspondencia* 109.

<sup>23</sup> *L'Avenir d'une Illusion*, 546.

derecho único a ello. Cuando menos hay que reconocer que la Facultad de Teología de Ginebra no se ha detenido por razón del psicoanálisis»<sup>24</sup>. La guerra, pues, entre el psicoanálisis y la teología no parece demasiado cruenta. Y, sin embargo, tampoco parece que Freud deseara en esos momentos que las relaciones fuesen demasiado amistosas, a deducir por la comparación que hace entre su texto de 1926, *Análisis profano*, y el más reciente de *El porvenir de una ilusión*. A este propósito le comenta a Oskar Pfister:

«No sé si ha adivinado usted la relación oculta entre el “Análisis profano” y “la ilusión”. En el primero quiero proteger al análisis frente a los médicos, y en la otra frente a los sacerdotes. Quisiera entregarlo a un grupo profesional que no existe aún, al de los pastores de almas “profanos”, que no necesitan ser médicos y que no deben ser sacerdotes»<sup>25</sup>.

Evidentemente la observación le pareció a Pfister digna de una explicación: «Permítame insistir en su observación de que los psicoanalistas que usted desearía no “deben” ser sacerdotes», le escribe Pfister. «Me parece que el análisis, como tal, tiene que ser un asunto exclusivamente “profano”». Pero si el análisis debe ser profano, ha de serlo con todas sus consecuencias, argumenta Pfister. Porque llevando al extremo el propósito de excluir a los sacerdotes, «no debería hacerlo tampoco ningún cristiano, ningún hombre con profundos sentimientos religiosos y éticos», prosigue el pastor suizo, «y usted mismo hacía hincapié en que el análisis es independiente del concepto del mundo». Por si quedaba duda de su planteamiento, Pfister le recuerda también a Freud que *el ateísmo es, después de todo, una fe negativa, pero fe al fin y al cabo*.

Freud se vio obligado a explicarse. Reconoce que su observación de que los psicoanalistas no deben ser sacerdotes *no suena muy tolerante* y añade que si, en la actualidad, no tiene inconveniente con que el psicoanálisis sea ejercido por los médicos, por qué iba a tenerla con los sacerdotes. A pesar de todo insiste en su propósito, dejando ver uno de sus convencimientos más íntimos: la incompatibilidad de psicoanálisis y religión. «La otra parte» de Freud, la que no puede olvidar que Pfister, a pesar de su talante abierto y cordial, es un clérigo y un representante, por tanto, de ese cristianismo que le genera un rechazo tan profundo, emerge de nuevo y ataca sin piedad:

«Tiene usted razón en advertir que el análisis no da una nueva visión del mundo. Pero no necesita hacerlo, ya que se apoya en el concepto científico del mundo con el que el religioso es incompatible... Su esencia son las ilusiones piadosas de providencia y ordenamiento ético del mundo, que están en contra de la razón. El sacerdote tendrá

---

<sup>24</sup> Carta del 16 de noviembre de 1928: *Correspondencia*, 121.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 136.

que seguir siendo su representante. Naturalmente que se puede aprovechar el derecho humano a la inconsecuencia y avanzar un poco con el análisis, para detenerse luego y, como Charles Darwin, ir regularmente los domingos a la iglesia».

Como en otras ocasiones también, Freud intenta poner bálsamo tras la agresión. Pfister, comenta, le recuerda al fraile que se empeñaba en ver un cristiano en Natán. Y él no es Natán, le dice, «pero no puedo tampoco evitar, desde luego, seguir siendo “bueno” para usted»<sup>26</sup>.

Bueno con el hombre Pfister, pero implacable con su visión religiosa de la vida. Se ponían así de manifiesto las inevitables dificultades y los tropiezos que, desde el polo de lo personal, se añadían a la inherente dificultad de un diálogo que, a pesar de todo, se inició en el encuentro de estos dos hombres, enfrentados a una problemática radicalmente nueva. Ambos partían de un empeño común en una apasionada búsqueda de la verdad. Pero ambos también representaban paradigmáticamente dos discursos, el del inconsciente y el de la fe, que por primera vez se encontraban explicitados frente a frente y que hasta el día de hoy mantienen sus mutuas resistencias, recelos, interrogaciones y sospechas.

#### *El rudimentario diálogo de Pfister y Freud*

El racionalismo ilustrado de Freud y la actitud marcadamente concordista de Pfister confirieron a este diálogo un carácter muy rudimentario. De ahí que, en su conjunto, nos deje, en cierta manera, insatisfechos. La mayor parte de la argumentación de uno y otro apenas tienen relación con lo que es propiamente la experiencia psicoanalítica. Es la que se utilizaban en la época en medios de intelectuales y filósofos. Pero ninguno de ellos quiso o pudo comprometerse más allá. Si en Freud hubo demasiado positivismo acrítico, en Pfister hubo demasiado optimismo idealista. Y si se mostró acertado en su crítica del optimismo freudiano de *El porvenir de una ilusión*, él mismo vino a caer en la ilusión de una síntesis ideal entre psicoanálisis y religión que, en realidad, eludía lo más grave de la problemática.

Diez años después de la muerte de Freud y siete antes de su propia muerte, Oskar Pfister se dirigía a un buen amigo con las siguientes decepcionadas y, a la vez, religiosamente esperanzadas palabras; reflejaba así bastante bien las profundas resistencias que experimentó la teología en su confrontación con el psicoanálisis:

---

<sup>26</sup> Carta del 16 de febrero de 1929: ib. 124.

«Mi deseo de que el psicoanálisis fuese propiedad común de todos los pastores ha fracasado casi totalmente. Los teólogos prefieren equiparse con el bagaje del dogma y cuestiones de leyes eclesíásticas más que con el alma viviente de los seres humanos. Es una pena ver cuántas cosas terribles se meten en el saco del cuidado pastoral. Pero bien, es un asunto que concierne a Dios y no creo que el trabajo de mi vida haya sido un vano intento»<sup>27</sup>.

No obstante, ha sido largo el camino recorrido tanto en el campo teológico como en el psicoanalítico. Las dificultades fueron grandes, los avances se vieron con frecuencia entorpecidos por movimientos de retroceso que los ponían en peligro. Oskar Pfister, que en tantas ocasiones se sintió decepcionado por el escaso eco que sus interpelaciones tenían en el campo teológico, quizás hoy no habría exultado de entusiasmo, pero seguramente habría mantenido firme su esperanza y habría reconocido también que las cuestiones entre el psicoanálisis y la religión se encontraban situadas en unos parámetros más adecuados de aquellos en los que él y Freud las habían establecido.

### *Conclusión*

El diálogo entre el psicoanálisis y la fe, iniciado en el encuentro entre Sigmund Freud y Oskar Pfister, ha recorrido, pues, un largo camino. Fue necesario despojar al psicoanálisis de una epistemología inadecuada a su propia naturaleza. Fue necesario también desplazar el diálogo del nivel teórico en el que ambos lo situaron para hacerlo arrancar del terreno más limitado, pero más profundo, de la misma experiencia psicoanalítica. Igualmente fue obligado despojarlo de las intenciones concordistas del pastor suizo, en su intento de convertir el psicoanálisis en un mero instrumento de purificación de la fe. Hubo, pues, que vencer múltiples resistencias, clarificar importantes ambigüedades conceptuales y superar arraigados prejuicios para poder venir finalmente a lo que de modo tan preciso Freud manifestara desde un principio: «En sí el psicoanálisis no es religioso ni lo contrario, sino un instrumento neutral del que pueden servirse tanto el religioso como el laico siempre que se utilice para liberar a los que sufren»<sup>28</sup>.

Un instrumento neutral que no tiene, no debe tener, mensajes ni intenciones y que no pretende, por tanto, ni apoyar ni reducir la fe. Tan sólo aplicarse a su escucha para restituirle los elementos velados, olvidados en el texto, así como poder elucidar los motivos por los que esas eliminaciones y veladuras se

---

<sup>27</sup> Carta del 15 de agosto de 1949 citada por H. W. KIENAST, *The significance of Oskar Pfister's in-depth pastoral care: Journal of Religion and Health* 13 (1974) 94.

<sup>28</sup> Carta del 9 de febrero de 1909: *Correspondencia*, 15.

llevaron a cabo. Nada más y nada menos también. Pues si de una parte se renuncia a la omnipotente pretensión de saber qué es lo que pasa en la religión, como si ésta pudiera quedar englobada como parte del propio discurso, de otra se permanece en un nivel, el de la sospecha y la interrogación, que necesariamente suscita defensas y resistencias nada desdeñables.

La religión por su parte -lo olvidó también con frecuencia Oskar Pfister- no puede presentarse tampoco con la pretensión de saber de antemano lo que el psicoanálisis es y le puede reportar. También se ve confrontada a una renuncia, la de pretender incluir en su propio discurso un saber que se le escapa y que, desde otro lugar del que a ella le corresponde, le plantea el problema de su verdad. No de la verdad como problema de adecuación a ninguna realidad exterior, sino como problema de adecuación con el propio decir.

La fe no se verá por ello reducida a la condición de un reo que servilmente tenga que dar cuenta de sí ante un nuevo tribunal. Se trata tan sólo de que la fe pueda dar cuenta ante sí misma y de ese modo se capacite para mejor entenderse y darse a entender a los demás. Por su parte, también ella deberá plantear su propia interrogación y sospecha frente al psicoanálisis. Como lo hiciera valientemente Pfister ante su admirado maestro Freud. Con ello reducirá la pretensión que, de tantos modos y en tantas ocasiones, mostró el psicoanálisis de situarse como detentor de una verdad, confundida, sin más, con la verdad.

La religión sigue ahí, por lo demás, como un enorme reto para el psicoanálisis. Un reto que cuestiona el saber que siempre pretendió mantener sobre ella y que, de modo especial, le remite a un problema, el de la sublimación, que se mantiene aún como incógnita importante por clarificar. Pfister lo señaló oportunamente una y otra vez y Freud parecía quedar paralizado ante la interpelación. Probablemente porque en ese concepto freudiano se encuentran implicadas una serie de aporías importantes para la comprensión de la cultura, en general, y de la religión en particular.

Quizás sea mucho también lo que el psicoanálisis ignora todavía sobre las modalidades en las que la fe religiosa puede ser experimentada. No ha mostrado mucho interés por acercarse y conocerlas en profundidad. Resultando todavía más grave la cuestión en la medida en que esa ignorancia y desinterés parece derivar en muchas ocasiones de unas inconfesables defensas y resistencias que se movilizan frente a ellas.

Esa reacción contratransferencial la vimos suscitarse muchas veces en Freud en su relación con Oskar Pfister, al mismo tiempo que le vimos también intentando valerosamente enfrentarla. En algunas ocasiones, llegándola a controlar de modo suficiente como para poder abrirse a la escucha de aquella palabra de fe que le causaba tanta perplejidad y extrañeza. En otros momentos,

dejándose abatir por la negatividad de su contratransferencia y liberando toda la animosidad que la otra parte le movilizaba. Pero se hizo posible el inicio de un diálogo. En él nuestro pastor y teólogo tuvo también que abrirse, hasta donde pudo, a la interrogación que Freud y el psicoanálisis le plantearon. Se dejó interpelar con valentía, se defendió también con mayor o menor acierto y racionalidad. En cualquier caso, supo igualmente iniciar ese diálogo que permanece abierto hasta nuestros días.

Porque fue, bajo muchos puntos de vista, un diálogo inacabado. Punto de partida, sin embargo, para un largo camino que aún quedaba por recorrer. En el lugar en el que nos encontramos, parece que sólo la vía de la mutua interrogación que reduce resistencias, que plantea cuestiones marginadas y que se abre a la escucha del otro, podrá hacernos avanzar más allá. Y quizás tengamos que reconocer que si hoy aún se mantiene como un diálogo inacabado es porque, no por accidente sino por esencia, esté llamado a ser un diálogo inacabable.